

Pero de tanto en tanto, hay quienes nos recuerdan que el futuro se construye ahora, hoy mismo, acá nomás. El **Coro Nacional de Niños del Sodre** descubre armonías, asume contrapuntos, interpreta sonidos y cuida hasta los silencios. Entrelazando sonrisas con partituras, los coreutas escuchan en silencio las indicaciones de **Víctor Mederos**, el maestro director, que les recuerda casi todo el tiempo que la música los acompañará para siempre en sus vidas. Víctor fue y vino desde su juventud en Melo, miles de kilómetros de ilusiones en viajes semanales para estudiar música. Ahora dirige a más de cien niños, niñas y adolescentes que integran el Coro Nacional de Niños del Sodre sabiendo que la música tiene un fin social irrenunciable cuando se trata de infancia, pero especialmente, cuando incluye a quienes provienen de contextos críticos. Sí, hay veces que hay que pensar en cubrir necesidades básicas antes de ensayar Carl Orff o Fabini. Y eso lo saben tanto Víctor Mederos como la asistente de dirección, **Jhasmin Ghidone**, quienes además de cuidar el repertorio, horarios de ensayos, compromisos, actuaciones y giras, también están al tanto de cada historia personal, familiar y se ocupan de algunas tareas más. Amar lo que uno hace suele ser un buen motor de vida. Y Víctor lo supo siempre. “No me importa ser mejor o peor que nadie, lo único que sé es que amo lo que hago” repite con orgullo. “Con la música se terminan las desigualdades” explica. “A la música no le importa nada, ni de dónde vengan los niños, si son ricos o pobres, a través de la música en el Coro Nacional de Niños del Sodre, se logra democratizar sus vidas y eso es fantástico”. Pero de acuerdo a la experiencia desarrollada, incluso Víctor considera que la vivencia del canto coral no solamente les transforma la vida a los niños sino también incide notablemente en su entorno familiar. “Lo cotidiano es en sí mismo maravilloso” nos susurró Kafka y los ensayos del Coro Nacional de Niños del Sodre son un reflejo de la riqueza de matices que tiene la vida. Y casi todos sabemos que cantar cura tristezas, mitiga ausencias, ilumina futuros.

Habrá que creer

en el futuro como

utopía cierta

de sueños posibles

Niños, niñas y adolescentes en poquito tiempo ya han cantado frente a miles de personas entrañables del país como el Centro CAIF de Punta del Diablo que quiso celebrar juntos y cantando con ellos, pero también en escenarios como la Sala Eduardo Fabini del Auditorio Nacional Adela Reta, el Estadio Centenario, el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo y muchos más.

“Al dirigir esos niños y niñas lo que uno siente es vulnerabilidad, te parás frente a ellos y se caen tus propias corazas, porque cuando hacemos música nos mostramos auténticamente verdaderos”.

Víctor vuelve de a ratos a su infancia, cuando quiere recordar cómo empezó su amor por la música. “Lo que trato de transmitirles es que no importa lo que vayan a ser en sus vidas, albañiles, arquitectos, cantantes o deportistas, pero que sean lo mejor de sí mismos, que se enamoren de sus propias vidas”. Tchaikovski, Rada, Viglietti, Fauré son tan solo algunos de los autores que han incorporado al repertorio y por estos días se encuentran abocados al estudio de las partituras de su intervención en “El Cascanueces” junto al Ballet Nacional del Sodre.

Sensibilizar, cantar, estudiar, actuar, aprender, reír, crecer.

Luces, telones y a escena, la esperanza infinita, compases del alma, armonía inolvidable, aplausos eternos, no puede haber nadie en este mundo más feliz. Hanna Arendt dijo que “la educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él”.

Acaso el Coro de Niños del Sodre sea una hermosa forma de responder eso mismo.

Sensibilizar, cantar, estudiar, actuar, aprender, reír, crecer.